

# Llamado ferviente de Elena de White

a los delegados de la Asociación General en  
preparación para el Congreso de 1888 en Minneapolis

Healdsburg, California

5 de agosto de 1888



Queridos hermanos que se reunirán en la Asociación General:

Tenemos la impresión de que esta reunión será la más importante a la que les haya tocado asistir. Este debería ser un período de búsqueda ferviente del Señor y de humillar el corazón ante él. Espero que consideren esto como una oportunidad muy valiosa para orar y deliberar juntos; y si se sigue atentamente el mandato del apóstol de estimar cada uno a los demás como superiores a nosotros mismos, entonces podrán, con humildad de mente, con el espíritu de Cristo, escudriñar las Escrituras cuidadosamente para ver cuál es la verdad.

La verdad no pierde nada con una investigación minuciosa. Que la Palabra de Dios hable por sí misma, que sea su propia intérprete, y la verdad brillará como gemas preciosas entre la basura.

Se me ha mostrado que hay muchos de nuestros pastores que dan las cosas por sentadas, y no reconocen por sí mismos, mediante un estudio crítico y detenido de las Escrituras, si creen en la verdad o en el error. Si estos predicaran mucho menos y pasaran mucho más tiempo de rodillas ante Dios, suplicándole que les abra el entendimiento a la verdad de su Palabra, para poder saber por sí mismos que sus pies estaban sobre roca sólida, los ángeles de Dios los rodearían para ayudarlos en sus esfuerzos.

Hay una pereza sumamente asombrosa en la que cae una gran categoría de pastores que están dispuestos a que otros escudriñen las Escrituras en lugar de ellos; y aceptan la verdad de sus labios como un hecho positivo, pero no asimilan esta verdad bíblica mediante una investigación individual y en virtud de las profundas convicciones del Espíritu de Dios en su corazón y su mente.

Que cada alma se despoje ahora de la

envidia, de los celos, de las suspicacias, para que su corazón esté en íntima comunión con Dios. Si todos hacen esto, sentirán arder ese amor que Cristo manifestó por ellos en el altar de su corazón. Todos tendrán bondad y ternura cristianas. No habrá contiendas; porque los siervos de Dios no deben contender. No habrá espíritu de fiesta; no habrá ambición egoísta.

Nuestro pueblo individualmente debe comprender la verdad bíblica más a fondo, porque sin duda será convocado ante los concilios; será criticado por mentes agudas y críticas. Una cosa es dar nuestro asentimiento a la verdad y otra cosa es saber qué es la verdad, mediante un análisis minucioso como estudiantes de la Biblia.

Se nos ha informado de los peligros, las pruebas y las tentaciones que tendremos por delante; y ahora es el momento de hacer un esfuerzo especial con el fin de prepararnos para hacer frente a las tentaciones y las emergencias que nos aguardan.

Si las almas descuidan incorporar la verdad en su vida y santificarse mediante la verdad, para poder dar razón de la esperanza que hay en ellas con mansedumbre y temor, las barrerán algunos de los diversos errores y herejías, y perderán el alma. Les ruego, hermanos míos, por el amor de Dios, que no tengan ambiciones egoístas.

Al congregarse en estas reuniones generales, les ruego que hagan un esfuerzo personal para limpiar el alma y el espíritu de toda influencia contaminante que los separe de Dios. Muchos, muchos se perderán porque no han estudiado la Biblia de rodillas, con oración ferviente a Dios para que la entrada de la Palabra de Dios ilumine su entendimiento. Toda ambición egoísta debe dejarse de lado, y deberían

suplicarle a Dios que su Espíritu descienda sobre ustedes como vino sobre los discípulos que se reunieron el día de Pentecostés. “Estaban todos unánimes juntos. Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen” (Hech. 2:1-4). Que el corazón de todos se someta ante Dios. Aférrense mediante la fe viva a la victoria sobre Satanás.

Si todos los que afirman creer en la Biblia creyeran en ella como los mensajes de Dios, como una auténtica comunicación divina que enseña a cada alma lo que debe hacer para salvarse, qué efecto diferente acompañaría sus esfuerzos. Dado que muchos de los que le llevan la Palabra de Dios a otros al abrir las Escrituras no estudian las Escrituras diligentemente, ni son hacedores de la Palabra, hacen muy pocos avances en el crecimiento en la gracia y en alcanzar la estatura plena de hombres y mujeres en Cristo Jesús. Mayormente toman la interpretación de las Escrituras de labios de otros, pero no hacen el esfuerzo mental de escudriñar las evidencias por sí mismos para saber cuál es la verdad.

Felizmente, los testimonios vivientes de la Palabra de Dios pueden corregir todos los malentendidos y las controversias en forma exitosa. Uno de los mayores obstáculos para nuestro éxito espiritual es la gran falta de amor y respeto que se manifiestan unos a otros. Debemos hacer más esfuerzos fervientes, con cada palabra y acción, para responder la oración de Cristo y alentar esa unidad que se expresa en la oración de Cristo, para que seamos uno así como él es uno con el Padre.

Es necesario combatir enérgicamente todo sentimiento de indiferencia por los demás, y

debemos erradicar todo lo que tienda a discrepar con los hermanos. El amor de Jesucristo presente en el corazón consumirá estas cosas pequeñas o más grandes que tienden a dividir el corazón. Satanás ve que en la unidad hay fuerza; que en la variación y la desunión hay debilidad.

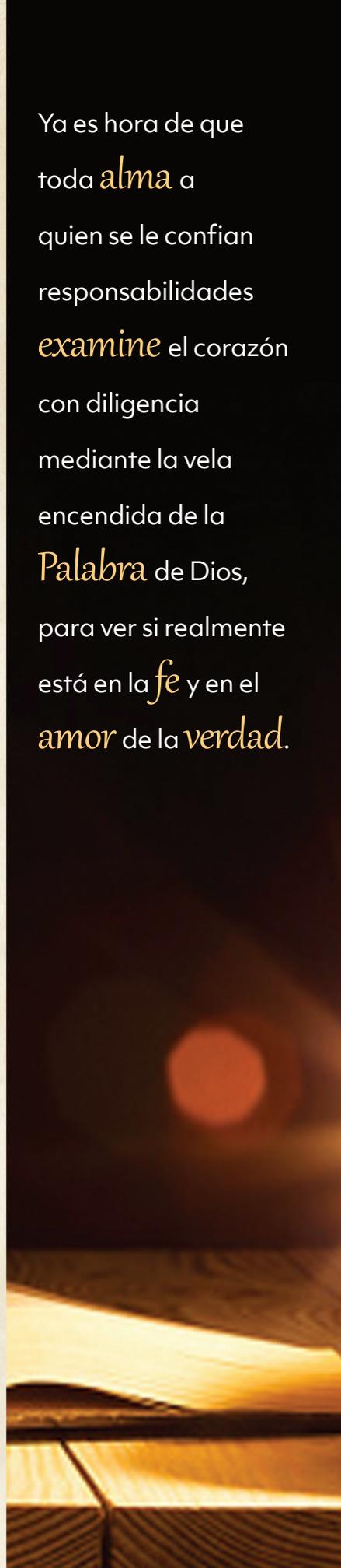
La iluminación celestial es lo que se necesita para que, cuando miremos el rostro de nuestros hermanos, podamos considerar: Estos son los que fueron comprados por el precio de la sangre de Cristo. Son preciosos a su vista. Debo amarlos como Cristo me amó a mí. Estos son mis compañeros de labor en el campo de la cosecha. Debo estar perfectamente unido a ellos; solo debo decir palabras que tiendan a animarlos y a hacerlos avanzar hacia adelante.

Hermanos míos, ustedes son los soldados de Cristo, que libran una guerra agresiva contra Satanás y su hueste; pero es penoso para el Espíritu de Dios que ustedes tengan malas sospechas de los demás y permitan que el poder del gran acusador, cuya tarea es acusarlos ante Dios día y noche, controle la imaginación de su corazón. Satanás tiene a sus soldados entrenados para la obra especial de destruir la unión que Cristo estableció entre los hermanos con tanto sacrificio.

Debemos estar unidos unos con otros en sagrados lazos de santa unión. Pero es obra del enemigo crear un espíritu partidario y tener sentimientos partidarios, y algunos creen que están haciendo la obra de Dios al fortalecer los prejuicios y los celos entre los hermanos. Dios quiere que exista un orden sagrado entre sus colaboradores, para que Cristo los una en el Señor Dios de Israel. Debemos ser fieles, francos y leales a los intereses de los demás. Debemos escuchar constantemente las órdenes de nuestro Capitán, pero no ser culpables de escuchar los informes en contra de nuestros hermanos ni de pensar mal de nuestros hermanos.

Nuestros intereses deben estar

Ya es hora de que  
toda **alma** a  
quien se le confian  
responsabilidades  
**examine** el corazón  
con diligencia  
mediante la vela  
encendida de la  
**Palabra** de Dios,  
para ver si realmente  
está en la **fe** y en el  
**amor** de la **verdad**.





ligados a los de nuestros hermanos, y decididamente no es otra cosa que la obra del diablo despertar sospechas y celos entre las dos ramas de la obra en nuestras casas editoras. Trabajamos por la misma causa y bajo el mismo Maestro. Es una sola obra; para la preparación del pueblo de Dios en estos últimos días.

La prosperidad y la reputación de estas instituciones deben protegerse con celo, ya que así defenderemos nuestro honor y reputación. Todo lo relacionado con la maledicencia, toda palabra con sabor a sarcasmo, toda influencia que desmerezca a nuestros hermanos o a cualquier rama de la obra de Dios, todo contribuye a alejarnos de la oración de Cristo. Satanás actúa en este asunto, para que la oración de Cristo no pueda recibir respuesta, y cuenta con la ayuda de los mismos hombres que dicen estar haciendo la obra de Dios.

Todo lo que se diga para despertar sospechas, que redunde en un agravio o que desmerezca a los que se ocupan de estas instituciones designadas está obrando de parte de Satanás. Solo acarrea debilidad a nuestra alma y es un gran obstáculo para el avance de la obra de Dios.

Durante años se me mostró que todo lo de esta índole era de extrema gravedad para el Espíritu de Dios, y les estaba dando a los enemigos de nuestra fe una gran ventaja para tener conceptos erróneos de la verdad que los obreros de Dios procuraban fomentar. Algunos que realmente piensan que están haciendo la obra del Señor son traidores a la causa. Están soltando palabras que, si las consideraran, sabrían que son el eje mismo sobre el que trabaja Satanás para crear disensión y separar corazones. La envidia es más común de lo que imaginamos, y el prejuicio se fomenta y se fortalece por la indulgencia en el corazón de quienes deberían discernir su influencia nefasta y rechazarla del templo del alma. Los

celos son tan crueles como la tumba, pero Satanás hace de esto una tentación magistral, no solo para alejar a los amigos, sino también a los hermanos.

Ya es hora de que toda alma a quien se le confían responsabilidades examine el corazón con diligencia mediante la vela encendida de la Palabra de Dios, para ver si realmente está en la fe y en el amor de la verdad. El espíritu de amor mutuo, como Cristo nos ha demostrado, nos llevará a examinar de cerca cada impulso, cada sentimiento e impresión acariciados, a la luz de la santa Ley de Dios, para que el corazón se abra a la convicción de si estamos guardando los principios de esa santa Ley o no. Es un deber positivo, que Dios establece para nuestra alma, poner nuestra voluntad y nuestro espíritu bajo el control de la influencia divina del Espíritu de Dios. Cuando hagamos esto, nos elevaremos por encima de todos estos sentimientos rastreros y no consagrados, y nos alegraremos de ver cada victoria que obtengan nuestros hermanos tanto como si la obtuviéramos nosotros mismos.

Hermanos, cuando seamos hacedores de la Palabra y no solo oidores, pensaremos mucho menos en nosotros mismos y estimaremos más a los demás que a nosotros mismos. La mayor maldición entre nuestros pastores de hoy es que, al procurar el lugar más encumbrado, llenos de prepotencia y amor propio, no sienten la necesidad de la constante gracia de Cristo para trabajar con todos sus esfuerzos. Ya sea que se asemejen a Cristo en carácter, en pureza, en energía perseverante, en piedad devota, eso les dará posición y hará que los demás los aprecien. Debemos examinar de cerca los mensajes de Dios. Las vestiduras de la autosuficiencia deben dejarse a un lado. Estudien con sencillez la Palabra de Dios que toman en sus manos. Guarden reverencia por ella, y estúdienla con honestidad de propósito. No debemos fijar nuestra

postura y luego interpretar todo para alcanzar este punto de referencia. Aquí es donde han fallado algunos de nuestros grandes reformadores, y esta es la razón por la que los hombres que hoy podrían ser poderosos campeones de Dios y de la verdad están luchando contra la verdad.

Que cada pensamiento, cada palabra y el comportamiento esparzan el aroma de la cortesía y la cordialidad cristianas hacia los demás, que prescriben las Escrituras. Dios desea que seamos aprendices, en primer lugar, de los mensajes vivientes; y en segundo lugar, de Dios, para saber tratar a nuestros semejantes. Esta es la orden de Dios.

La Palabra de Dios es la gran detectora de errores ante la cual creemos que hay que presentar todo. La Biblia debe ser nuestra norma para cada doctrina y práctica. Debemos estudiarla con reverencia. No debemos recibir la opinión de nadie sin compararla con las Escrituras, que, en materia de fe, son la autoridad divina y suprema.

Es la Palabra del Dios vivo la que debe dirimir todos los conflictos. Cuando los hombres mezclan su originalidad humana con las palabras de verdad divinas para acosar a quienes están en desacuerdo con ellos, no manifiestan ninguna reverencia por la Palabra inspirada de Dios. Mezclan lo humano con lo divino, lo común con lo sagrado, y menosprecian la Palabra de Dios.

Al escudriñar las Escrituras, debemos llenarnos de sabiduría y poder que exceden lo humano; estos suavizarán y subyugarán de tal manera nuestro duro corazón que escudriñaremos las Escrituras como estudiantes diligentes, y recibiremos la Palabra injertada, para que conozcamos la verdad, para que podamos enseñarla a otros como es en Jesús.

La interpretación correcta de las Escrituras no es todo lo que Dios requiere. Él determina que no solo conozcamos la verdad, sino además la practiquemos tal como es en Jesús. Al relacionarnos con los demás, debemos poner en práctica el espíritu de aquel que nos dio la verdad. No solo debemos escudriñar la verdad como si fueran tesoros escondidos. Si somos colaboradores con Dios, es una necesidad positiva que cumplamos con las condiciones establecidas en su Palabra y llevemos el espíritu de Cristo en el corazón a fin de que nuestro entendimiento se fortalezca y seamos maestros aptos para dar a conocer a otros la verdad que se nos revela en su Palabra. Los embajadores de

Cristo deben desechar la frivolidad, las bromas y los chistes, la vulgaridad y la bajeza de espíritu. La gracia de Cristo debe superar todo orgullo, toda envidia, toda sospecha de maldad y celos, y la sobriedad, la humildad, la pureza y la piedad se deben fomentar y revelar en la vida y el carácter. Debemos comer la carne y beber la sangre del Hijo de Dios. Es decir, obedecer su Palabra, entretener en nuestra vida y nuestro carácter el espíritu y las obras de Cristo. Entonces somos uno con Cristo, así como Cristo era uno con el Padre. Al mirar a Jesús, vemos que la perfección de Cristo ha representado completamente cada atributo de Dios. Nos transformamos al contemplar su imagen. Entonces somos “participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia” (2 Ped. 1:4).

No hay garantía de que nuestra doctrina sea correcta y esté libre de toda paja y error a menos que diariamente hagamos la voluntad de Dios. Si hacemos su voluntad, conoceremos la doctrina. Veremos la verdad en su sagrada belleza. La aceptaremos con reverencia y santo temor, y así podremos presentarles a los demás lo que sabemos que es verdad. No debe haber ningún sentimiento de superioridad ni de exaltación propia en esta obra solemne.

Todos los que tienen la verdad pueden permitirse ser imparciales en el debate, porque la verdad se llevará la victoria. Esta es la única forma en que se puede investigar la Palabra de Dios con éxito. Si se deja entrar el yo, no se escudriñará la verdad en el espíritu de Cristo. Todo fariseísmo debe dejarse de lado. La norma de la verdad debe examinarse a fondo todas las suposiciones y las opiniones preconcebidas.

El alma que está enamorada de Dios y de su obra será tan sincera como el día. No habrá sutilezas ni se eludirá el verdadero significado de las Escrituras. La Palabra de Dios es el fundamento de toda doctrina. Algunos piensan que es una señal de inteligencia y astucia de su parte plantear temas secundarios, y tergiversan las Escrituras de una manera que encubre la verdad (Carta 20, 1888, publicado en The Ellen G. White 1888 Materials, pp. 38-46).

*Ellen G. White*

